

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología



Trabajo Integrador Final

Título: La anorexia mental: *un* modo de respuesta frente al
estrago materno

Autora: Tantera Abril

Legajo: T-5195/1

Docente Responsable: Cristina Savid

Año: 2022

Agradecimientos

A mi mamá, quién parece tener la fórmula imposible de la maternidad.

A mis hermanas, por el amor y el apoyo constante.

A toda mi familia, que ha festejado cada uno de mis logros como si fueran los suyos. A Jorge Faccendini, mi analista, gracias a quien he aprehendido el psicoanálisis y con quien trabajamos arduamente para desmalezar el camino hacia mi deseo. A Cristina Savid, por su entrega desinteresada, las tardes de lectura y sus valiosos aportes. A Maru y a Lucía, mis compañeras de ruta en este camino, por las noches de desvelo, por las risas compartidas y la amistad de construimos.

A cada uno de los docentes que han contribuido a forjar mi educación, especialmente a Ivonne Laus y a Juan Cammardella, pilares fundamentales de este último tramo. Y a cada una de las personas que fueron parte de este recorrido. El presente trabajo no podría haber sido escritos sin las presencias y ausencias de esos Otros que formaron y forman parte de mi vida.

A todos, les estoy eternamente agradecida.

Índice

2

1. Resumen.....	4
-----------------	---

2. Introducción.....	5
3. Del mundo puro a la escena del Otro.....	7
3.1. <i>Función materna</i>	7
3.2. <i>La maternidad como vía de acceso a la feminidad</i>	8
3.3. <i>Nunca se trató de un pas de deux</i>	9
3.4. <i>Entre el goce y la significación fálica</i>	11
3.5. <i>Una discontinuidad que es necesario preservar</i>	13
3.6. <i>En las fauces del cocodrilo</i>	14
De la escena del Otro al armado de una escena propia.....	16
4.1. <i>Construir un guion</i>	16
4.2. <i>Corte y confección</i>	17
4.3. <i>Amores que matan</i>	19
4.4. <i>Nada nos separa</i>	21
5. Conclusiones.....	23
6. Referencias bibliográficas.....	25

El presente ensayo plantea a la anorexia mental como *un* modo de respuesta frente al estrago materno. Sirviéndose de los desarrollos teóricos de Freud y Lacan principalmente, propone una postura que, sin desconocer las relaciones entre la anorexia mental, la feminidad, la pubertad y los cánones de belleza, prescinde de estas y apuesta a pensarla en los tiempos constitutivos del sujeto, restituyéndole su lugar a los pilares fundamentales de esta entidad clínica.

Se parte de la premisa según la cual el Deseo-de-la-Madre resulta ser el eje que vertebra las vicisitudes de la constitución subjetiva, y se afirma que, este deseo puede volverse estragante si el sujeto ocupa el lugar de objeto allí. De este modo, oficiando de sostén narcisista del Otro, ve imposibilitadas las vías para situar un deseo en el Otro que vaya más allá de él. Bajo estas circunstancias, la anorexia mental se presenta como la posibilidad del sujeto de faltarle al Otro ofertando su propia desaparición, y utilizando la nada, porque el sujeto *come nada*, rechaza la papilla asfixiante que el Otro otorga a los fines de sostener una versión amorosa de aquel.

Si poder ubicar el deseo en el Otro resulta esencial para la construcción del fantasma, a partir del cual el sujeto puede delimitar las coordenadas de su propio deseo, puede afirmarse que la anorexia mental implica un fracaso del fantasma ya que si bien logra preservar la falta, lo hace a consecuencia de poner en juego la totalidad de su yo.

Palabras clave: Deseo-de-la-Madre, Estrago materno, Anorexia mental, Fantasma.

Introducción

El presente trabajo plantea, desde la perspectiva epistemológica del psicoanálisis, a la anorexia mental como un modo de respuesta frente al estrago materno, siendo los principales autores de referencia Sigmund Freud y Jacques Lacan.

La hipótesis de trabajo consiste en situar a la anorexia mental como *un* recurso, entre otros, que el sujeto en vías de constitución puede poner en juego para lograr ubicarse como deseante al estar inmerso en una relación estragante con su Otro primordial.

A los efectos de esclarecer la lectura, es menester dejar asentado cómo se entienden las nociones que se pondrán en juego en este proyecto. Conviene recordar que las nociones en psicoanálisis adquieren la lógica del significante, es decir, se definen sólo en relación a otras. Es por esto que, ineludiblemente el desarrollo de cada una de éstas irá limitándose por su relación con la otra.

Para hablar de la noción de sujeto, resulta necesario introducir la noción de gran Otro. En el *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, dictado en 1964, el sujeto es entendido como efecto del significante y, por ser en el campo del Otro donde este adquiere acceso a los significantes, el sujeto está condenado a verse surgir allí pero a condición de quedar alienado. A esta alienación le sigue un segundo movimiento lógico denominado separación, el cual le permite al sujeto instaurar entre él y

el Otro una hiancia; es decir, a partir de este movimiento lógico el sujeto se descuenta del campo del Otro. Para que esto último suceda, la aparición del deseo del Otro primordial, también denominado como Deseo-de-la-Madre, es un hito fundamental. En el *Seminario V: Las formaciones del inconsciente*, dictado en 1957-58, Lacan (2019) afirma que “el niño depende del deseo de la madre [...] y de ninguna otra cosa” (p. 187). Es decir, para el sujeto no existe otro modo de acceso a la construcción de su propio deseo si no es a partir del deseo del Otro, en la medida en que sólo a partir de poder situar al Otro como deseante el sujeto se constituirá como tal.

Por su parte, el estrago materno es un concepto que remite al costado mortífero del deseo del Otro primordial, en tanto éste no sólo tiene efectos estructurantes y libidinizantes, sino también devastadores para el sujeto.

Para dar cuenta de este concepto resulta fundamental la siguiente cita del *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*, dictado en 1969-70, ya que allí es donde dicha noción hace su aparición por primera vez:

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle y de repente va y cierra la boca (Lacan, 2021, p. 118).

La anorexia mental está íntimamente ligada a la problemática del deseo del Otro. Si se ha situado que, para acceder a la construcción del propio deseo es ineludible poder ubicar la falta en el Otro, es decir, ubicar al Otro en tanto deseante, entonces puede afirmarse que ante un Otro estragante, omnipotente, la anorexia mental se presenta como una maniobra de separación del sujeto respecto de este Otro que parece sofocar toda falta, en menoscabo del deseo (Recalcati, 2011). En esta maniobra de separación el sujeto hace uso de la *nada* como objeto que vale en tanto signo de amor. Es por esto que Lacan (2018) en el *Seminario IV: La relación de objeto*, dictado en 1956-57, hace énfasis en que, en la anorexia mental, no se trata de la negación de la actividad, sino de *comer nada*.

Ahora bien, la anorexia ha sido fuertemente abordada por distintos discursos y campos disciplinares, pero en lo que respecta al psicoanálisis, se observan vastas investigaciones que hacen hincapié en que ésta entidad clínica se encuentra estrechamente vinculada a la feminidad y a la pubertad. También existen artículos que plantean a la anorexia como una forma moderna de la histeria, donde el sujeto encuentra, en los cánones de belleza de extrema delgadez, la respuesta a ¿qué es ser una mujer?

5

Un ejemplo de esto es el artículo de Ruesgas y Soliz (2005), titulado *La imagen del cuerpo en la anorexia como síntoma histérico*. Por otro lado, algunos autores, como López Herrero (1999) y Fernández (2020) afirman que la anorexia debe ser pensada como síntoma resultante de la confusión entre el orden de la necesidad y el orden de la demanda por parte del Otro materno. Esta cuestión, es abordada por Lacan en *La significación del falo*, publicado en el año 1958, donde plantea que las necesidades, por el hecho de pasar por los desfiladeros del significante, resultan trastocadas y aparecen sujetas a la demanda. Esta última instaura un más allá de las satisfacciones que reclama; toda demanda es, en el fondo, demanda de amor, es decir, de una presencia o de una ausencia. Pero existe algo de la necesidad que no puede articularse en la demanda, y esto es lo que retorna como deseo. Lacan dirá: “el deseo no es ni el apetito de la satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción que resulta del primero a la segunda” (2009, p. 658). Entonces, si se plantea que en la anorexia el Otro materno confunde la satisfacción de la necesidad con la demanda de

amor, la dimensión del deseo queda de este modo abolida.

Debido a la cantidad de trabajos y antecedentes de lectura de la anorexia vinculada tanto a la pubertad y a la feminidad, como a los ideales de belleza impuestos por la sociedad, el presente desarrollo propone una lectura que, sin desconocer dichas cuestiones, apuesta a pensar la anorexia en los tiempos constitutivos, como un modo de respuesta frente al estrago materno.

Interesa subrayar que se trata justamente de *un* modo posible, entre otros, en que el sujeto se posiciona en una modalidad de lazo estragante con su Otro primordial.

Del mundo puro a la escena del Otro

Función materna

Nadie puede y nadie debe vivir sin amor
Fito Paez

Para comenzar, resulta pertinente ubicar una distinción que realiza Lacan en el *Seminario X: La angustia*, dictado en 1962-1963. Allí afirma la existencia de dos registros esenciales: el *mundo*, donde lo real se precipita, y la *escena del Otro*, lugar donde el hombre en tanto sujeto tiene que constituirse.

Puede tomarse esta referencia para pensar el acto del nacimiento como la llegada errática del hombre al mundo puro. En este arribo el hombre se encuentra sumido bajo un

estado que Lacan denominó “*prematuración específica del nacimiento en el hombre*”(2005, p.88) y que implica la total inermidad para afrontar los apremios de la vida. Es por esto que el recién nacido necesita siempre del auxilio ajeno para poder sobrevivir. Ahora bien, para que esto acontezca es preciso que exista un pasaje del mundo a la escena del Otro. Parafraseando a Heidegger, somos arrojados a la existencia, y de esta caída al abismo del sin-sentido sólo nos encontramos a salvo si existe un Otro que pueda velar por nuestra vida.

Freud hizo hincapié en esto desde sus comienzos. Ya en su *Proyecto de psicología para neurólogos* de 1895 afirmaba que el humano al comienzo es incapaz de llevar a cabo la acción específica que le permitiría cancelar un determinado estímulo y que, por lo tanto, necesita de un individuo experimentado que advierta su estado y pueda realizar la acción específica por él.

Este *auxiliador ajeno* en la letra freudiana, este *Otro* en palabras de Lacan, se encargará de cumplir una función esencial: la función materna. Con respecto a ésta puede plantearse lo siguiente: si Lacan (2020), en su *Seminario III: Las psicosis*, afirma que, el hecho de copular, que la mujer luego lleve algo en su vientre durante cierto tiempo, y que ese producto termine siendo eyectado jamás logrará dar cuenta de qué es ser un padre, podría agregarse, sin forzar el asunto, que tampoco da cuenta de lo que implica ser una madre.

El psicoanálisis resulta subversivo respecto de la mirada tradicionalista que idealiza la maternidad, en la medida en que plantea que, el instinto materno, al que se refieren quienes intentan explicar el hecho de que ciertas mujeres decidan ser madres, no existe. Lo instintual no tiene razón de ser en nuestro campo. La vida humana aparece desligada del instinto ya que el lenguaje trastoca, desnaturaliza el plano de la mera satisfacción de necesidades y echa por tierra el ideal armónico entre sujeto y objeto.

Por lo tanto, desde este marco teórico no puede plantearse la existencia de un saber-actuar innato que permita garantizar el “buen desempeño” de una madre frente a su hijo. Se trata, en todo caso, de que cada mujer pueda inventar una maternidad posible, dentro de las circunstancias y según las herramientas con las que cuente y que se habilite a usar; herramientas que implican un saber inconsciente (Barros, 2018).

Ahora bien, la hebra fundamental de la maternidad la constituye el hecho de estar sustentada por un deseo, deseo que en la obra lacaniana aparece denominado como Deseo-de-la-Madre o también como Deseo del Otro, aunque este último no es término exclusivo para referirse al deseo del Otro materno. Lacan hace hincapié en el lugar privilegiado que adquiere este deseo en la dialéctica de la constitución subjetiva cuando en el *Seminario V: Las formaciones del inconsciente* afirma que “el niño depende del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre y de ninguna otra cosa” (2017, p. 187).

Este Deseo-de-la-Madre tiene vigencia desde antes de la llegada del pequeño humano al mundo; en otras palabras, es un deseo que se anticipa a la existencia concreta del hijo y es el que permite el armado de un lugar para él en la escena de este Otro materno. Allí el niño comienza a ser pensado, nombrado, y en torno a él giran ilusiones y

7

expectativas, que si bien van alistando el terreno para el momento de su llegada jamás logran eliminar el hecho de que un “hijo viene al mundo como una trascendencia incalculable, imposible de anticipar, destinada a modificar la faz del mundo” (Recalcati, 2018, p.26).

Si no se pone el juego el Deseo-de-la-Madre se corre el riesgo de que el recién nacido caiga en calidad de resto al mundo puro al no poder ingresar en la escena del Otro. De este modo, la experiencia de la maternidad puede verse reducida a una función ligada a la mera reproducción de la especie o incluso, en ocasiones, puede ser vivida

como una situación amenazante donde el niño aparece como cuerpo extraño, carente de sentido para el Otro. Tal es así, que puede plantearse que un hijo, independientemente de las condiciones en las que adviene al mundo, debe ser adoptado, es decir, ser recibido por un Otro capaz de otorgarle el regalo de su propia carencia.

La adopción supone una operación de filiación que permite el reconocimiento de un sujeto como hijo propio. Esto, según Savid (2013) se ve posibilitado si el Otro identifica en ese hijo un rasgo familiar, una marca, que lo hace exclusivo, diferente a cualquier otro. Para dicha autora, la operatoria de filiación implica que el Otro pueda *encontrarse en el hijo*, encontrar que el niño pasa por las mismas experiencias que él vivió y entonces transmitirle lo que hubiera deseado recibir.

La maternidad como vía de acceso a la feminidad

Para Freud el hecho de desear un hijo tiene su origen en el deseo del pene que no encuentra satisfacción en el desarrollo de la mujer. Es necesario entonces, para comprender el modo en que el deseo de tener un hijo sustituye lo que en un principio fue deseo de pene, ahondar en las constelaciones bajo las cuales un sujeto deviene mujer, ya que en la obra freudiana, la maternidad es planteada como vía de acceso a la feminidad.

Freud afirma, específicamente en su artículo *Sobre la sexualidad femenina* y en la *Conferencia 33°: La feminidad*, que si bien el varoncito y la niña parten del mismo punto, es decir, erigiendo a la madre como el primer objeto de amor, sus caminos se bifurcan y difieren en lo que respecta a la salida del Complejo de Edipo. Mientras que el niño conserva a la madre como objeto de amor y mantiene su zona erógena, la niña debe cambiar ambos. Estos trueques que realiza son resultantes de una desazón amorosa que el complejo de castración explica muy bien, a saber: la niña hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio. El desasimiento de esta relación con la madre se hace bajo el manto de una marcada hostilidad.

De este desengaño el autor plantea que se desprenden tres vías posibles para la continuidad del desarrollo de la niña: inhibición sexual o neurosis, complejo de masculinidad y la feminidad normal.

No atañe a los fines del presente trabajo el desarrollo de las primeras dos posibilidades por lo que se apuntará directamente a lo que Freud llama "feminidad normal". Respecto de esta afirma que se trata de que la niña se dirija hacia el padre en busca del pene que la madre le ha denegado, pero agrega que la feminidad termina de instalarse una vez que el deseo del pene es subrogado por el deseo de un hijo.

Entonces, para Freud, la mujer queda a la espera de recibir un hijo como equivalente del pene que le fue denegado. Pero aquí no termina la cuestión. La salida del Edipo es siempre mediante una identificación. La niña debe lograr identificarse con la madre y erigir al padre como objeto de amor. Para que esto suceda no basta con la voluntad de la niña, también es indispensable que la madre la reconozca como rival respecto de su posición frente al padre. Además, que la hija se dirija al padre "comprende también que el padre esté dispuesto a donar su amor. Este amor del padre es el posibilitador a desasirse de la madre" (Savid, 2004, p.47).

Finalmente, la salida del Complejo de Edipo vía la ecuación simbólica se dará por concluida una vez que la niña abandone al padre como objeto de amor. En la posterioridad podrá dirigirse hacia a otro hombre del que esperará un hijo. Así, el deseo materno que se

gestó en la primera infancia se hará acto cuando se encuentre con un hijo en la realidad fáctica.

De este modo es evidente que, en la obra freudiana, la feminidad normal queda

circunscrita a la maternidad. Desde los aportes lacanianos esto puede ser cuestionado, ya que si bien la maternidad presenta un costado de realización fálica no resulta esencial para que un sujeto pueda posicionarse como una mujer; incluso a lo largo del presente trabajo se intentará dejar en claro que poder sostener la discontinuidad entre madre y mujer, tanto teórica como empíricamente, resulta fundamental.

Siguiendo lo planteado por Freud, se observa que para dicho autor existe un estrecho vínculo entre la maternidad y sexo biológico femenino. Las consecuencias psíquicas de las diferencias entre el varoncito y la niña el autor las ubica a partir de la visión de los genitales del sexo opuesto y las posibles respuestas a partir de la amenaza de castración o de la envidia del pene respectivamente.

A partir de estas dilucidaciones uno podría caer preso de una lectura reduccionista y concluir en que la función materna sólo puede ser llevada a cabo por mujeres, para quienes un hijo adquiere el estatuto de subrogado del genital que no tienen.

Es por esto que conviene recordar que Freud no contaba con la noción de significante, central en la obra de Lacan, que permite realizar una lectura mucho más desapegada del biologicismo. En este sentido, las puntualizaciones de Lacan en *La significación del falo* aparecen para propiciar dicha lectura. Allí plantea que el falo no debe ser confundido con el órgano que simboliza en mayor o menor medida, sino que se trata de un significante destinado a designar los efectos del significado. Si la vida del sujeto queda enmarcada bajo la significación fálica, esto quiere decir que todo lo que tanto él como el Otro sea o haga estará significado en términos de “lo que me/le falta”, “lo que no puedo/puede tener”, “lo que no puedo/puede hacer” (Faccendini, 2017).

Por lo tanto, con ayuda de estas referencias, puede decirse que un hijo está en condiciones de advenir, vía ecuación simbólica, como subrogado del falo, para todo sujeto que, independientemente del sexo biológico al que pertenezca, se presente afectado por el significante fálico.

Estas aclaraciones pretenden desinfectar el discurso psicoanalítico de lo que Lacan denominó “análisis sociológico ambientalista” (2017, p.196) y dejar por sentado que cuando se habla de madre, padre, mujer no se habla más que de lugares, de funciones, u operatorias necesarias para pensar la constitución subjetiva, y no de personas. Si bien dichos lugares precisan ser encarnados por sujetos, lejos se está de plantear la cuestión en términos de relaciones interhumanas.

Nunca se trató de un pas de deux

Cuando Lacan aborda la relación del objeto en su *Seminario IV*, se empeña en dejar en claro que para nada se trata de una relación dual, y que es imposible entenderla si no se erige como tercer término un elemento central: el falo. A fin de cuentas dirá que el niño nunca está a solas con la madre en tanto siempre coexiste con el falo. A esta relación

tripartita la deja asentada en un esquema denominado triángulo imaginario y respecto a él afirma que “si la mujer encuentra en el niño una satisfacción, es precisamente en la medida en que halla en él algo que calma, que satura, más o menos bien, su necesidad de falo” (2018, p.72).

Para el niño entonces, se trata, en un primer momento, de poder ser acogido en el lugar de lo que le falta a la madre, es decir, participar de la relación con la madre a título de encarnar lo que satisface, más o menos, su deseo fálico. Freud hace referencia a este tiempo como el de “su majestad el bebé”, Lacan por su parte plantea que el niño ingresa en esta dialéctica como súbdito, oficiando de señuelo del falo. Aquí la noción de señuelo resulta muy atinada ya que el deseo de falo es un deseo insaciable, y solo a modo de engaño es que el niño puede intentar colmarlo.

Si el psicoanálisis subvierte la noción del objeto utilizada por la teoría moderna es en la medida en que plantea que el objeto está perdido desde siempre, y que, por lo tanto,

no existe objeto que colme el deseo. El deseo siempre remite a otra cosa. Por lo tanto, conviene hablar de una satisfacción parcial, ya que siempre quedará un resto de insatisfacción, que a su vez es lo que posibilita el relanzamiento del deseo. Entonces, por más que el hijo pueda ocupar por momentos el lugar del falo, este lugar, por una cuestión estructural, no puede ser saturado. Un hijo no adviene la escena del Otro materno al modo de la pieza faltante de un rompecabezas. Puede ser que el Otro sostenga esa ilusión, pero, como afirma Lacan, “la idea de un objeto armónico, que por su naturaleza consume la relación sujeto-objeto, la experiencia la contradice perfectamente” (2018, p.27).

La ilusión de ser Uno con el Otro está destinada a caer, y es lícito que así sea. Sin embargo, puede ocurrir que en ocasiones un hijo sea ubicado en dicho lugar *como si* pudiera solventar la hiancia estructural. Podría plantearse que se trataría de una modalidad renegatoria de arreglárselas con la falta, en el sentido de que la castración es a la vez afirmada y negada. Si el hijo, como un fetiche, está en lugar de la falta es que existe la castración, pero en la misma operatoria el hijo la sofoca.

Lo expuesto hasta el momento indica que un hijo puede advenir al lugar de la castración materna, y es necesario que esto suceda. Así, en el esquema inaugural de la relación de objeto, el niño ingresa como falo imaginario de la madre. Al respecto Lacan dice lo siguiente: “El falo imaginario es el eje de toda una serie de hechos que exigen postularlo. Hay que estudiar ese laberinto en el que habitualmente el sujeto se pierde y puede acabar siendo devorado” (2018, p.193).

El autor plantea, en el seminario anteriormente nombrado, una pregunta que es pertinente retomar en este punto del desarrollo. A propósito del historial de Hans abre el siguiente interrogante: ¿el niño, cumple una función metafórica o metonímica en el deseo de falo de la madre? Y en los sucesivo afirma: “No es en absoluto lo mismo si el niño es, por ejemplo, la metáfora de su amor por el padre, o si es la metonimia de su deseo del falo, que no tiene y no tendrá nunca” (2018, p.244).

De aquí se desprenden entonces, dos modos de habitar la castración del Otro. Un hijo puede oficiar de falo imaginario, transitorio en el deseo de la madre, y en este sentido cumplir una función metafórica allí, de suerte que pueda ser ubicado en ese lugar a condición de no quedar por este hecho aprisionado. Pero también existe la posibilidad de que un hijo pueda venir al mundo para funcionar como metonimia del deseo de falo de la madre. Allí el niño significa el falo, es decir, el niño es el falo de la madre, mientras que en la vertiente metafórica el hijo simboliza el falo sin serlo.

Si un hijo cumple una función metonímica adquiere el estatuto de apéndice indispensable para la madre y en este sentido Lacan afirma que, en tanto falo imaginario, el sujeto puede “acabar siendo devorado” (2018, p.193).

Savid, en una conferencia titulada *Autismo y psicosis en la infancia* dictada bajo el marco de las Jornadas “Prácticas institucionales y profesionales en discapacidad” llevada a cabo el 25 de agosto de 2018, expuso algunas situaciones bajo las cuales es dable pensar el lugar de falo metonímico al que advienen determinados sujetos: por ejemplo, cuando un niño nace con una patología orgánica y existen problemas en extraer un rasgo familiar, cuando la estructura materna alberga duelos incumplidos u odios infantiles no elaborados y el nacimiento del hijo puede desencadenar depresión materna o melancolía, cuando un niño nace con alguna marca que tenga valor significativo para alguno de sus padres y queda expuesto a toda destitución subjetiva y a todas las capturas fantasmáticas, cuando un hijo viene a cumplir una misión, por ejemplo, sostener la existencia materna y en ese sentido queda como amuleto, fetiche del Otro, cuando el nacimiento del niño desencadena un delirio puerperal o un estado depresivo puerperal, lo que provoca retraimiento de la libido, cuando no está imaginado en el fantasma de los padres como sujeto supuesto y separado de ellos, o también cuando se lo ha tenido para

taponar la tristeza de alguno de los padres, por la pérdida de un ser querido. Su misión será “sustituir al verdaderamente amado”.

Para ilustrar esta última posibilidad existen referencias sobre una particular relación madre-hijo en el artículo que Freud se dedicó a indagar sobre la vida de Leonardo Da Vinci. En lo tocante la madre del reconocido artista el autor expuso lo siguiente:

10

La pobre madre abandonada no tenía más remedio que dejar que afluyeran al amor maternal todos sus recuerdos de caricias gozadas, así como su añoranza de otras nuevas; y era esforzada a ello, no sólo para resarcirse de no tener marido, sino para resarcir al hijo, que no tenía un padre que pudiera acariciarlo. Así, a la manera de todas las madres insatisfechas, tomó a su hijito como reemplazante de su marido y, por la maduración demasiado temprana de su erotismo, le arrebató una parte de su virilidad (2014, p. 109).

Entre el goce y la significación fálica

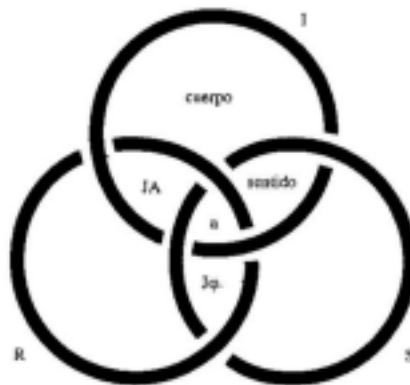
Uno solo conserva lo que no amarra
Jorge Drexler

En relación a lo que se viene desarrollando, la distinción que realiza Recalcati (2018) en *Las manos de la madre* resulta sumamente esclarecedora. El autor diferencia el “querer tener un hijo” del “desear un hijo”. Afirma que, mientras el querer tener un hijo está ligado a la fantasía de apropiación, el desear un hijo entrafña desde el inicio el reconocimiento de aquel como alteridad. Es decir, no implica la búsqueda desenfrenadamente activa del hijo, sino que más bien, se trata de una disposición a la espera.

Así, querer tener un hijo estaría íntimamente vinculado con la versión metonímica del deseo de la madre, mientras que el desear un hijo revelaría la faceta metafórica que aquel deseo. En el primer caso, el hijo funcionaría como un mero sostén narcisista, capturado, incestuado en la escena del Otro, sustentando el ser y no el deseo de la madre, al tiempo que, en el segundo caso, el hijo adquiriría desde el inicio el estatuto de alguien diferente, separado del Otro primordial.

En la misma línea es que también Amigo (2019) propone que el valor fálico del sujeto puede adquirir una acentuación del costado de significación fálica o bien del costado de goce fálico, y que cada acentuación produce respuestas muy distintas por parte del sujeto en vías de constitución. La autora ubica ambas posibilidades en un artificio al que recurre Lacan hacia fines de su enseñanza, el nudo borromeo.

Si bien en el *Seminario XX: Aún* comienza a formalizarlo, este nudo adquiere un papel protagónico en el *Seminario XXIII: El sinthome*. El mencionado artificio le permite situar la constitución del sujeto y liberarse de la jerarquización de los registros real, simbólico e imaginario, ubicándolos en una interrelación equitativa.



Como se aprecia en la imagen, cada cuerda pertenece a un registro. El goce fálico, escrito como $J\phi$, está situado en el empalme entre la cuerda del registro real y la cuerda de lo simbólico, mientras que a la significación fálica Amigo la ubica como la apertura al infinito de lo real. Y afirma que, si la significación fálica remarca los agujeros de ambos registros volviéndolos disponibles, el goce fálico conlleva la obturación del agujero formado

11

por el empalme entre ambos. Esto último se evidencia en el terreno de la maternidad cuando ésta es vivida como una experiencia de completud. Al contrario, cuando un hijo adquiere significación fálica para una madre, devela la castración que hay en ésta.

Ahora bien, cabe aclarar que los momentos de goce fálico en la maternidad son estructurantes. Al respecto Savid afirma que “todo niño recién nacido está expuesto al goce materno, es más, es estructurante que la madre haga sitio en el cuerpo del hijo, que lo usufructe [...] que diga “mi hijo” (2013, p. 63). Para que una madre pueda decir “mi hijo” es necesario que se haya puesto en juego la operatoria de filiación que fue expuesta al inicio de este ensayo. A partir del momento en que la función filiatoria se encuentra en vigencia, el goce materno se presenta al modo de una demanda, demanda de completud que se enlaza con la función de erotizar al hijo.

En conclusión, puede afirmarse lo siguiente: el goce fálico en la maternidad es necesario y estructurante, por lo tanto, sólo si este goce no da lugar a la apertura resultante de la significación fálica se pueden esperar consecuencias devastadoras. “No es lo mismo estar ubicado en el lugar de objeto fálico, con todo su brillo, y con su deslizamiento significante, que estar ubicado en el lugar del objeto de goce, con la fijeza que el goce comporta” (Milož, 2016, p.59).

Así, de lo que se trata es que estos momentos de goce puedan ser seguidos por el predominio de la significación fálica. Pero entonces, ¿de qué depende que se produzca o no este pasaje del goce a la significación?

Existe un aforismo lacaniano que reza: “Sólo el amor permite al goce condescender al deseo” (2019, p. 194) y que puede tomarse aquí para poder situar qué es lo que hace tope al goce del Otro. Para Lacan entonces, es el amor lo que funciona a modo de bisagra entre el goce y el deseo. Pero la cuestión no termina aquí. Es lícito aclarar a qué tipo de amor se refiere, ya que no es lo mismo hablar del amor en términos de pasión imaginaria, que hablar del amor en calidad de don.

El amor como pasión imaginaria es el que apunta a hacer Uno con el Otro, se trata de un amor que no acepta diferencias y que apunta a engullir al objeto. Este amor, de tinte narcisístico, implica el querer ser amado por el Todo. Por lo tanto esta modalidad que adquiere el amor no sería la que permite el pasaje del goce al deseo, más bien pareciera ser la que acompaña los momentos de goce.

Por su parte, el amor como don activo habilita la circulación del deseo,

destrabando la fijación al objeto que el goce propicia. Que el deseo circule quiere decir que al lugar de la falta puedan advenir distintos objetos sin que ninguno en particular quede atrapado allí. Por consiguiente, el amor que pone coto al goce es un amor entendido en términos de don simbólico.

Este amor que pone un límite al goce se manifiesta bajo la forma de objetos *a*. La noción de objeto *a* es de autoría lacaniana, incluso él llega a afirmar que ésta ha sido su única creación e implica lo siguiente: los objetos que antes satisfacían las necesidades, a partir del momento en que el niño advierte que depende de la madre para acceder a ellos, adquieren otro estatuto. Como la madre se encuentra en condición de dar o negar estos objetos ahora éstos valen como símbolo de amor. En efecto, se trata de objetos que la madre pone a circular, los cuales han perdido su valor de órgano, en tanto son inútiles para satisfacer cualquier necesidad biológica. El amor materno, al negarle su cuerpo al hijo y al entregarle lo que ha recibido, los objetos *a*, posibilita que se instale el deseo en el niño. Frente al vacío de la nada, porque la madre le da nada, lo empuja a desear repetir el encuentro fallido con el objeto. El objeto, entonces, es una construcción que el sujeto realiza. Son ficciones que él se da en ese intervalo instalado por la puesta en juego de los *a*.

Estos *a*, al no pertenecer ni a la madre ni al niño cumplen la función de frustrar al sujeto, en tanto instauran una hiancia, un intervalo, le impiden la fusión con el cuerpo de la madre, manteniendo de este modo el deseo.

La frustración es, según Lacan, el eje central de la relación madre-hijo. Conlleva un “no siempre, no todo con mi cuerpo” (Savid, 2004, p. 109). La madre como agente de frustración establece un límite, diciendo no al goce orgánico. En otros términos, la

12

frustración es una barrera a la mera satisfacción biológica, interrumpe el goce de órgano y lo negativiza con dones, que cumplen una doble función: 1) hacen del organismo un cuerpo erótico, y 2) permiten extraer del cuerpo materno el cuerpo del niño (Savid, 2004). De este modo puede afirmarse que la erotización del hijo implica necesariamente que el Otro se encuentre en condición de ofrecer no solo los objetos que satisfacen las necesidades, sino que también sea capaz de poner a circular los objetos *a*.

Si no opera la frustración, no se instala la cesión de los objetos *a*. Por lo que, los objetos que se ponen en circulación en la dialéctica entre madre e hijo participan a título de objetos de la necesidad. Por lo tanto, fracasa la donación, no se instala el amor, y la madre no introduce la negativización del organismo, propiciando el terreno para la instalación de fijaciones a los objetos, quedando el sujeto adherido a éstos sin posibilidad de perderlos.

Cuando los objetos no valen como don de amor, la satisfacción de las necesidades vitales pueden ser vividas bajo el manto de un exceso de cuidados, exceso de dependencia sin intervalo, sin espacio para que el niño monte sus ficciones.

Lo más angustiante que hay para un niño se produce, precisamente, cuando la relación sobre la cual él se instituye, la de la falta que produce deseo, es perturbada, y ésta es perturbada al máximo cuando no hay posibilidad de falta, cuando tiene a la madre siempre encima (Lacan, 2019, p.64).

Conocidos son los resultados de la investigación llevada a cabo por Spitz, donde los niños de un orfanato presentaban graves problemas durante su desarrollo o incluso morían, a pesar de recibir “los cuidados básicos” por parte de las enfermeras de la institución. Si el psicoanálisis nos permite echar luz sobre la causa de las dificultades en el desarrollo y/o la mortalidad de estos niños es gracias a que sostiene la idea de este doble estatuto del objeto, en tanto objeto de la necesidad por un lado, como signo de amor por el otro.

Una discontinuidad que es necesario preservar

El juicio de Salomón
1 Re, 3:16-28

De los apartados anteriores se desprenden las siguientes preguntas: ¿de qué depende que un hijo advenga como metáfora o como metonimia del deseo materno? ¿A qué está sujeta la entrada en escena del amor en calidad de don, que con su aparición posibilita el pasaje del goce a la significación fálica?

Para poder responderlas resulta indispensable partir de la idea de que existe un desdoblamiento en la mujer: es decir, debemos afirmar la existencia de una discontinuidad entre *mujer y madre*. Y agregar que es de vital importancia que el deseo de la mujer no resulte eclipsado por el deseo de la madre, así como también se trata de que el deseo de la mujer deje lugar al deseo de la madre. En otras palabras, “sólo si la mirada de la madre no se concentra en sentido único en la existencia del hijo, la maternidad puede realizar plenamente su función” (Recalcati, 2018, p.16).

Sin esta discontinuidad puede suceder que la mujer no deje lugar a la madre, y en este caso, el niño le reste valor fálico a la mujer, así como también puede ocurrir que la madre se vuelva Toda-Madre asfixiando a la mujer.

Para poder sostener, tanto teórica como empíricamente esta discontinuidad, es necesario introducir lo que Lacan llamó metáfora paterna. Se trata de una operatoria que permite la sustitución de un significante por otro. En concreto, implica la sustitución del significante materno por el significante denominado Nombre-del-Padre. La inscripción de este significante tiene como consecuencia la interdicción del incesto que se instala con un doble mensaje: “no te acostarás con tu madre” dirigido al niño, y “no reintegrarás tu producto” dirigido a la madre.

13

En relación a esto, Lacan plantea que el niño comienza como súbdito, sometido a la ley incontrolada del Otro materno, “profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende” (2017, p. 195). La interdicción paterna pone un límite al capricho del Otro, permitiendo que el niño sea cuestionado de su posición de súbdito y posibilitando que se instaure un deseo por fuera del círculo edípico.

Con la noción de la metáfora paterna en mano, y habiendo propuesto el desdoblamiento de la mujer, podemos plantear entonces que ya el deseo de la mujer viene a funcionar como una especie de Nombre del Padre, en tanto interviene como agente de la separación en el goce incestuoso de la madre (Recalcati, 2018). Si no se comprende esto existe la posibilidad de caer en una lectura religiosa de la situación, donde la persona del padre aparece en escena como figura heroica del drama edípico, impidiendo que la madre reintegre su producto. Esto a su vez deja a la madre en una posición demoníaca, como quien quisiera hacer del hijo un objeto de su propiedad. Si bien esta perspectiva no resulta tan descabellada en ciertas situaciones, la generalización de una lectura de este calibre no lleva más que un reduccionismo absurdo.

En todo caso, y esto es fundamental, si hay un padre que tiene la clave de la situación aquí, no es ni más ni menos que el padre de la madre. Es decir, es necesario que haya operado en ella la metáfora paterna para que la mujer y la madre que hay en ella no se confundan. Así, “el padre está en posición metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley” (2017, p. 202).

Podría agregarse que la ausencia de la madre implica, y tiene como contracara, la presencia de la mujer. Dicho juego de presencias y ausencias no remite a una cronología

escindida en dos tiempos, donde el primer momento es exclusivo de la madre y el segundo da paso a la mujer. Se trata más bien de una simultaneidad, siendo que ambas facetas, en el mejor de los casos, coexisten desde el inicio.

Para terminar de formular una respuesta a las preguntas anteriormente situadas se dirá lo siguiente: si el significante Nombre-del-Padre se encuentra operando, la discontinuidad entre madre y mujer estará vigente habilitando la coexistencia del deseo de la madre junto al deseo de la mujer, oficiando el hijo de metáfora del deseo de la madre. Es decir, si el niño no se convierte pura y simplemente en objeto del goce del Otro, es gracias a que este Otro está afectado por la interdicción paterna. En caso contrario, si para la madre no es la palabra del padre la que dicta la ley, el niño no llega a ser cuestionado en su lugar de súbdito, quedando en aquella posición en la que él cumple la función de ser el objeto metonímico del deseo de ésta.

Así, cuando una madre se presenta como quien sólo se satisface con su entrega a los cuidados del hijo, cuando, parafraseando a Recalcati, la mirada de ésta se encuentra detenida en el niño, puede hablarse de una mujer Toda-Madre. De este modo, el deseo de la madre se vuelve estragante, aparece como ilimitado y arrasa con la mujer que hay en ella.

En las fauces del cocodrilo

Yo colgaba de la mano materna como un títere furioso
Aurora Venturini

Al respecto de la dimensión estragante el Deseo-de-la-madre Lacan plantea lo siguiente:

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre (2021, p.118).

Esta cita pertenece al *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*, y es allí donde aparece por primera vez la noción de estrago. Lo que no implica que esta dimensión

14

estragante no haya estado presente entre líneas con anterioridad en la obra lacaniana. Es más, si se ha recurrido a desarrollar las distinciones entre metáfora o metonimia del deseo de falo en la madre, así como la diferencia entre goce y significación fálica, es debido a que pueden leerse allí los antecedentes de lo que luego adquiere la denominación de estrago.

Incluso es posible rastrear antecedentes en los desarrollos freudianos, específicamente en lo que Freud llamó *ligazón-madre preedípica*. El autor descubre el interés fundamental de esta relación a raíz de sus estudios sobre la feminidad. Si bien en *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*, artículo publicado en 1910, se puede leer su interés por situar la figura de la madre fálica, propia de lo que denomina período preedípico, es a partir de 1930 que dicho concepto adquiere mayor relevancia.

Respecto a la ligazón-madre exclusiva afirma, con mayor precisión en su artículo *Sobre la sexualidad femenina*, publicado en 1931, que había sobreestimado la duración de la misma y que en cierto número de casos, personas de sexo femenino habían permanecido atascadas en dicha ligazón. Además, agrega que esta fase deja espacio a todas las fijaciones y represiones que había inteligido para la neurosis, y que existe un lazo muy estrecho entre esta ligazón preedípica y la etiología de la histeria, así como también con la paranoia en la mujer.

Retomando lo planteado por Lacan en la clase del 11 de marzo de 1970, a continuación de revelar que el deseo de la madre “siempre produce estragos” sitúa algo que él denomina como tranquilizador: “Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo” (2021, p.118). Y agrega que fue de este modo como pudo hablar de la metáfora paterna.

De este párrafo se desprende la idea de que el deseo de la madre produce estragos, pero una vez que aparece el falo allí, la posibilidad de estrago se encuentra obturada. Es decir, si el falo adquiere alguna importancia para dicha madre, si ha operado en ella la castración, y si el niño, como ya se ha planteado, adquiere significación fálica, la madre no buscará satisfacerse exclusivamente con el hijo, permitiendo al sujeto no quedar en calidad de objeto dentro de las fauces del cocodrilo.

Entonces puede afirmarse que la dimensión estragante del deseo de la madre aparece cuando no existe mediación de la metáfora paterna en la madre; el sujeto aparece capturado, en tanto objeto, en la escena de este Otro materno, quedando a merced de su voluntad. Esto no quiere decir estrictamente que el Nombre-del-Padre no se haya inscrito en ese Otro, eso puede ser así tanto como puede ocurrir que una madre pueda, aun contando con el Nombre-del -Padre, desoír la proscripción y ocupar el lugar de amo del sujeto. Es decir, la madre no se deja ni privar ni desposeer (Lacan, 2017).

Así puede afirmarse que, el deseo de la madre que produce estragos, es el deseo de la madre Toda-Madre que no ha hecho lugar al deseo de la mujer y que se satisface con el niño como objeto dando lugar a un goce simbiótico. El sujeto en cuestión se encuentra en un callejón sin salida.

Esta situación puede ser vivida como una *encerrona trágica*. Este concepto, elaborado por Ulloa (2012), hace referencia a una situación de dos lugares, en la que una de las partes depende de la otra para poder subsistir. Si bien el autor la utiliza para hablar del paradigma de la tortura, aquí interesa dicha conceptualización porque hace hincapié en la ausencia de un tercero de apelación. Puede entonces trasladarse esta noción al terreno de lo que se viene desarrollando y plantear que frente a la ausencia de la metáfora paterna, ya sea porque ésta no haya operado, ya sea porque la madre se desentienda de ésta, el sujeto queda expuesto a la posibilidad de que las fauces del cocodrilo acaben cerrándose.

De la escena del Otro al armado de una escena propia

Construir un guion

Amar y dejar partir
Pedro Aznar

Lacan (2016), en el *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* postula dos momentos lógicos, constitutivos, esenciales, que permiten situar el surgimiento del sujeto en el campo del Otro. Denomina a estos momentos alienación y separación.

Cuando habla de alienación se refiere al hecho de que el sujeto está condenado a verse surgir en el campo del Otro. Debido a que “desde el origen, el niño se nutre de palabras tanto como de pan” (Lacan, 2018, p. 191) éste debe dirigirse allí para poder ingresar en la matriz simbólica, en la medida en que es en el campo del Otro donde se alojan los significantes. Pero esto surge en detrimento de lo que el autor llama la “libra de

carne". El significante pide un sacrificio de la carne, abre agujeros en el cuerpo; la irrupción del universo significante tiene como consecuencia la transformación del organismo en un cuerpo y esto conlleva necesariamente una pérdida de goce.

La separación, por su parte, es el movimiento por el cual el sujeto instaura entre él y el Otro una hiancia, es decir, es la jugada que le permite al niño descontarse del campo del Otro. Este segundo movimiento lógico tiene como preludeo el momento fundamental de la aparición de la pregunta. Es del todo palpable la situación infantil en que ésta adquiere un calibre difícil de ignorar y no sería disparatado otorgarle el estatuto de una etapa intermedia, intervalar entre alienación y separación a los fines de despejar a buenas tintas la cuestión. Intervalar en la medida en que no sólo porque se encuentra en el medio de las dos operaciones, sino también porque es en los intervalos del discurso del Otro donde el sujeto encuentra fallas que propician la aparición de la pregunta.

En determinado momento de su desarrollo se observa que el niño se afana en preguntar y repreguntar. Este circuito infernal de preguntas va acompañado de una insatisfacción por parte del sujeto con respecto a las respuestas que obtiene del Otro. Las preguntas del sujeto apuntan a las cuestiones últimas, irreductibles frente a las cuales el Otro queda en imposibilidad de responder. Es así que la omnipotencia del Otro comienza a volverse inconsistente y estas preguntas no apuntan más que desenmascararlo. Es decir, las preguntas funcionan a modo de caballo de Troya ya que tras ellas se esconde la intención de develar la falta de significante en el Otro. Pareciera que lo que se desliza tras las preguntas es lo siguiente: me dice eso, pero ¿qué quiere?

Lacan dirá que en los intervalos del discurso del Otro se deja entrever su deseo. En tanto que su deseo está más allá o más acá de lo que este Otro dice. El quid de la cuestión es que el sujeto no sabe qué es para el deseo del Otro. Así, ante este enigma el sujeto responde con su propia falta y el primer objeto que propone frente ese deseo es su propia desaparición. Más adelante se verá el lugar central que ocupa dicha desaparición en la anorexia.

En *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* Lacan introduce lo que él denomina el grafo del deseo. Allí también plantea el encuentro del sujeto con el deseo del Otro e introduce una pregunta que resulta clave en lo que respecta al deseo del sujeto y al armado del fantasma. Se trata del Che vuoi?

El Che vuoi? es una pregunta pero sobre todo una respuesta. En el diablo enamorado, obra literaria de donde Lacan extrae dicha formulación, el personaje principal, Álvaro, evoca al diablo y éste precipita la pregunta. Es decir, primero Álvaro llama al diablo y el diablo responde con la pregunta Che vuoi? Esta secuencia le sirve a Lacan para plantear que es el sujeto el que se dirige al Otro y allí donde espera del Otro una respuesta se encuentra con que éste no responde más que con una carencia, es decir, el Otro no es capaz de responder por el deseo del sujeto ni por el propio.

Ante el Che vuoi? el sujeto relanza la pregunta, y se dirige con un "¿qué me quieres?" al Otro, siendo el fantasma el punto de detención de éste circuito de preguntas.

16

El armado del fantasma resulta necesario en tanto frena la metonimia constante de posibles respuestas a dicha pregunta y estructura un libreto que da cuenta de la posición del sujeto como deseante. Se trata entonces de la estructuración de una respuesta ante la pregunta ¿qué me quiere el Otro?

En síntesis podemos afirmar, de la mano de Faccendini, que "el fantasma es un tapón a la pregunta, al circuito de preguntas que consiste en una interrogación del deseo del Otro, el cual vemos que es estructuralmente inseparable de una interrogación acerca del *deseo propio*" (2017, p.92).

Si el encuentro con el enigma del deseo del Otro no es sin angustia, el fantasma permite entonces pasar al piso del deseo, allí donde el sujeto puede asumir una posición deseante. El fantasma adquiere así un valor de marco referencial en tanto establece

ciertas coordenadas respecto de la relación del sujeto con el Otro, el otro, el deseo y el amor. Delimita una posición subjetiva funcionando a modo de guion que organiza las escenas del sujeto.

Interesa aclarar que, como plantea Silvia Amigo (2019), la escritura del fantasma no es un hecho que sucede de la noche a la mañana ni tampoco se trata de un evento que pueda preverse. En la construcción del mismo no sólo se debe tener en cuenta cómo ese Otro se presenta frente al sujeto ya que las contingencias del sujeto en relación al Otro adquieren también su estatuto.

Es más, cabe aclarar que el hecho de que un sujeto haya podido constituir satisfactoriamente su fantasma no lo exime de la posibilidad de que, en algún momento particular de su vida pueda hallarse sin referencias frente a su deseo. A esto se refiere Lacan cuando habla de vacilación fantasmática o tragedia del deseo, e implica lo que sucede cuando, ante una crisis, el sujeto pierde la disponibilidad de su fantasma. Al no poder situar qué desea el Otro tampoco puede saber nada acerca del deseo propio.

Entonces, retomando lo planteado anteriormente, si el fantasma es una respuesta singular del sujeto acerca de qué es lo que desea el Otro es indispensable que la interrogación acerca del deseo del Otro esté habilitada. Y esto último es fundamental: uno no puede preguntarse por el deseo del Otro si no puede ubicarlo como sujeto deseante.

Interesa indagar entonces qué sucede con el armado de la escena fantasmática si el sujeto no ve habilitadas las vías para la formulación de este interrogante fundamental.

Corte y confección

Según Amigo (2019), para que un sujeto pueda constituir satisfactoriamente una respuesta fantasmática es necesario que realice tres movimientos estructurales que se condicen con tres identificaciones. Estas identificaciones son contemporáneas a los momentos de alienación y separación, aún más, se encuentran íntimamente vinculadas y entrelazadas a estas operatorias. La imposibilidad de llevar a cabo alguna de estas identificaciones da como resultado lo que la autora denomina fracaso del fantasma. Desde luego, no serán las mismas consecuencias las que se observen ante la falla de la primera, de la segunda o de la tercera identificación.

La primera identificación es a lo real del Otro real. Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* se refiere a ella como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (año, p.99), anterior a toda elección de objeto. Implica la identificación con el padre muerto, padre de la prehistoria personal, que el creador del psicoanálisis introdujo mediante la construcción del mito de la horda primitiva. Ese padre, gozador irrestricto de todas las mujeres, habría sido asesinado por el clan de hermanos. Con su muerte el goce absoluto se habría puesto fuera de juego, y a partir de la incorporación de los fragmentos de su cuerpo se habría producido una distribución del goce. Es decir, esos hermanos habrían incorporado al padre como traza del significante fálico pero hay algo de este padre que permanece extranjero.

Se trata de una identificación canibalística y como toda identificación imprime una transformación. Podría decirse que implica una transición de lo instintual a lo cultural ya

17

que permite que organismo y lenguaje contraigan nupcias, siendo el falo quien oficia allí de casamentero.

Pero para que esta identificación tenga lugar resulta un requisito obligatorio el hecho de que el padre muerto exista primero en la madre. Es decir, “El niño hace su ingreso en el lenguaje, identificándose al significante fálico, si y sólo si en la voz de la madre resuena la deuda que ha contraído con el Padre Muerto que la puso en falta, lo que le permite poder desear tener un niño” (Amigo, 2017, p.127).

La segunda identificación es al rasgo unario del Otro, al rasgo fálico del Otro, es decir, a lo simbólico del Otro real. Aquí se trata de la intervención de la versión metafórica del padre, que permite que el falo aparezca como razón de división del Otro y no como objeto que satura la falta. Así, si la primera identificación podía enunciarse como ser el falo, la segunda implica un trazo, rasgo, que marca al hijo como siendo hijo del padre. Esta segunda identificación permite el desplazamiento del niño de ese lugar desde donde podía decir: “yo soy su falta” (Amigo, 2017).

Para que esta segunda identificación tenga lugar, una madre debe proclamarse no toda fálica. Ya se ha situado la importancia de preservar la discontinuidad entre madre y mujer. Si la maternidad implica una la posibilidad de tener un hijo a título de falo, el goce femenino desresponsabiliza al hijo de responder con su yo a la falta de ésta.

Para poder dar cuenta del modo en que esta “desresponsabilización” se lleva a cabo Amigo (2017) recurre al esquema del florero invertido donde sitúa que la intervención de la metáfora paterna trae consigo una faz metonímica.

La primera identificación permite la constitución de un cuerpo delimitado por zonas erógenas, cuerpo pulsional que destituye el organismo con el que se adviene al mundo. Esta identificación da lugar a la imagen real, imagen que tiene lugar en el espejo cóncavo pero a la cual el sujeto sólo accede a partir del espejo plano que ofrece el Otro. Allí el niño alcanza una imagen ideal de sí que se denomina yo ideal, imagen con la que intenta saturar la falta de objeto que localiza en el Otro.

La faz metonímica de la segunda identificación implica la posibilidad de desplazar al niño de ese espejo plano, desalojarlo del fondo del espejo materno donde intenta, en vano, colmar la falta con su imagen yoica.

Si bien esta identificación aparece como liberadora, no deja de ser un momento de desnarcisización. Por lo tanto, la tercera identificación se caracteriza por apuntar a la reapropiación del narcisismo pero esta vez, por vías distintas a las del yo ideal. Para esto resulta decisivas dos cuestiones: por un lado, que la libido que se encontraba fijada en el espejo materno se vuelque sobre el cuerpo del sujeto, para que este pueda disponer de un yo “más allá del espejo”, y por otro, que el padre no sólo proscriba al niño de taponar la falta del Otro sino también que habilite goces exogámicos, es decir, que posibilite la investidura de objetos a bajo otras pantallas que la del Otro. Así, esta tercera identificación, a lo imaginario del Otro real permite al sujeto colocar su deseo sobre objetos exogámicos. Recién aquí el fantasma determina su punto de culminación.

Como se situó con anterioridad, la imposibilidad de llevar a cabo alguna de estas identificaciones implica un fracaso en la constitución del fantasma. Para Amigo (2019) tanto en el autismo como en la psicosis, se puede hablar de fracasos radicales del fantasma, ya que en el primero no se ve lograda ninguna de estas identificaciones, y en el segundo, si bien existe la incorporación del padre muerto el sujeto queda imposibilitado de llevar a cabo las siguientes operatorias.

Existen además dos modalidades de fracaso del fantasma. Por un lado lo que se denomina vacilación fantasmática que implica, como ya se ha situado, la pérdida en un momento crítico de la vida del sujeto, de las letras que conforman el fantasma, quedando éste sin referencias ante su deseo. Por otro lado, existen casos en los que el sujeto, habiendo logrado la inscripción de lo real y lo simbólico del Otro real, no logra terminar de constituir el fantasma. De esta manera, mientras que en los casos de vacilación fantasmática el sujeto ha logrado constituir satisfactoriamente su fantasma, pero debido a ciertas contingencias, momentáneamente pierde las letras que lo estructuran, en los últimos casos mencionados, el fantasma no ha logrado su punto culmine.

En estos casos existe una dificultad en la tercera identificación, y esto viene antecedido por una falla en la faz metonímica del padre, es decir, en tanto el hijo es llamado a responder a la falta del Otro, a ocupar fondo del espejo materno, no existe el

pasaje a la posibilidad de la búsqueda por parte del sujeto del objeto a bajo pantallas u envoltorios exogámicos, es decir, distintos a la del Otro. Ante este llamado el sujeto puede optar por dos respuestas: o empeñarse en satisfacer a la madre y oficiar de sostén narcisista para ésta, o bien puede rebelarse contra esa demanda.

Amores que matan

Deseoso aquel que huye de la madre
José Lezama Lima

Interesa ahora plantear a la anorexia como *un* modo particular de responder a esa demanda estragante de ser quien obtura la falta del Otro. Si se afirma que se trata de una respuesta es debido a que no sólo se debe tener en cuenta la determinación ejercida por parte del Otro, sino también el recorte que a partir de ese pedido realiza el sujeto.

Ahora bien, para abordarla se trabajará con la siguiente premisa postulada por Amigo: la anorexia implica un fracaso en la constitución del fantasma en la medida en que hay una detención del armado del mismo en el estadio narcisista de su constitución. “El único objeto que la anoréxica propone para movilizar el deseo es el objeto narcisista, ella misma muriendo o infligiendo con su muerte una falta que no se podría hacer advenir por otro medio” (2017, p. 201).

Cabe aclarar además, que se hace hincapié en pensarla como un modo de respuesta, entre otros, ya que si se plantearía que la anorexia es *La* respuesta frente al estrago materno se caería en un reduccionismo que resultarían no sólo ingenuo sino iatrogénico.

Desde luego que los modos de responder a esa demanda de completud por parte del Otro son múltiples y variadas. Pueden, como se situó más arriba, apuntar a sostener narcisísticamente al Otro, como también intentar despegarse de tal exigencia. La fobia y el fetichismo se presentan aquí como dos emblemas que ilustran distintos modos de arreglárselas con la falta del Otro. Es notorio que en ambos, el objeto, en calidad de significante cumple la función de protección contra la angustia. Sin embargo, en la fobia el objeto permite al sujeto desabonarse del Otro, mientras que en el fetichismo el objeto obtura la falta del Otro permitiéndole al sujeto sostener la versión del Otro como absoluto. Es decir, en la fobia el objeto es convocado como medida de protección a diferencia del fetichismo, donde el objeto oficia de garantía.

Retomando el tema que moviliza el interés del presente desarrollo, puede afirmarse que a lo largo y a lo ancho de su obra, Lacan, lejos de dedicarle a la anorexia alguna clase de sus seminarios o algún escrito en particular, se sirve de ella a modo de ejemplo en distintos desarrollos teóricos que despliega. De este modo, va dejando ciertas pistas que implican un trabajo de recolección por parte del lector si su interés está dirigido a poder formular alguna idea más contundente acerca de esta. Por lo tanto, es importante leer a raíz de qué Lacan la utiliza para ilustrar sus postulados.

Conviene comenzar por una mención que hace en el *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ya que allí es donde plantea las operatorias de alienación y separación que se han trabajado anteriormente, y es a raíz de lo que se ha denominado como “etapa intervalar” que aparece la anorexia a modo de ejemplo:

Para responder a esta captura, el sujeto [...] responde con la falta antecedente, con su propia desaparición, que aquí sitúa en el punto de falta percibida en el Otro. El primer objeto que propone a ese deseo parental cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida -¿Puede perderme? El fantasma de su muerte, de su desaparición, es el primer objeto que el sujeto tiene para poner en juego en esta dialéctica y, en efecto, lo hace -como sabemos por muchísimos hechos, la anorexia mental, por ejemplo (2016, p. 222).

El sujeto responde a la falta del Otro con su propia falta, es decir, frente a la hiancia estructural del Otro pone en juego su propia desaparición. Esto que Lacan plantea allí, sucede con regularidad en los avatares de la constitución subjetiva, en la medida que el primer objeto que posee el sujeto para significarle la falta al Otro es la totalidad de su yo. Pero esta situación, si se dan ciertas condiciones, es proseguida por la puesta en juego de recortes de esa totalidad que liberan al sujeto de quedar captura en la escena del Otro. “El niño subjetiva esos cortes como *un poco de sí* que cede al Otro, no todo el yo, que lo libera del Otro para ganar nuevos espacios y no quedar preso de satisfacciones incestuosas” (Barroso, 2020, p. 77).

Ahora bien, la puesta en juego de esta desaparición es una maniobra de la cual la anorexia hace un uso particular. Si se afirma que la anorexia implica una detención de la constitución del fantasma en el estadio narcisista, la oferta de su desaparición puede ser leída como un intento de correrse de encarnar las figuras idealizadas proyectadas sobre su cuerpo, haciéndole tope al ideal, pero al precio de ir muriendo lentamente (Barroso, 2020). De este modo es como se juega la desaparición en dicha dialéctica. En el campo de la anorexia el sujeto tiene como único recurso ofertar su propia desaparición para conmovier la completud del Otro y de ese modo movilizar su deseo.

El llamado dirigido al sujeto a encarnar el ideal del Otro, tiene como contracara la versión de un Otro que intenta, a su vez, colmar la falta en el sujeto. La anorexia justamente es una rebelión contra este hecho. Lacan (2009) lo plantea de la siguiente manera en *La dirección de la cura y los principios de su poder*:

Pero el niño, no se duerme siempre así en el seno del ser, sobre todo si el Otro, a su vez tiene sus ideas sobre necesidades, se entromete, y en el lugar de lo que no tiene, lo atiborra con la papilla asfixiante de lo que tiene, es decir, confunde sus cuidados con el don de su amor. Es el niño al que alimentan con más amor el que rechaza el alimento y juega con su rechazo como un deseo (anorexia mental).
 Confines donde se capta como en ninguna otra parte que el odio es el vuelto del amor, pero donde es la ignorancia la que no se perdona. A fin de cuentas, el niño, al negarse a satisfacer la demanda de la madre, ¿no exige acaso que la madre tenga un deseo fuera de él, porque es éste el camino que le falta hacia el deseo? (p. 598).

Ya se ha desarrollado la distinción entre el amor narcisista y el amor como don simbólico y en esta cita no se habla de otra cosa. El aplastamiento de la demanda de amor con el objeto de satisfacción es lo que el sujeto intenta impedir a toda costa. De este modo se vuelve un defensor a capa y espada de la hiancia que el Otro intenta eliminar, y es a partir del rechazo del objeto de la necesidad que emprende esa batalla.

Lo que aparece astutamente denominado como papilla asfixiante por Lacan allí no hace más que dar cuenta en calidad de qué es ofertado ese objeto. Si el sujeto lo rechaza es en favor de poder sostener los hilos de la necesidad y los hilos del deseo separados. Es defendiendo a muerte la diferencia entre los cuidados y el don de amor, rechazando al Otro de la necesidad, como el sujeto solicita una versión amorosa del Otro. A fin de cuentas, el rechazo le permite mantener vivo el deseo.

Es esta superposición entre dos órdenes muy distintos la ignorancia que el sujeto no le perdona al Otro. Si en el fondo toda demanda es demanda de amor, lo que se pide al Otro es lo que le falta. Como en la anorexia el Otro no dona la falta, es el sujeto quien se encarga de hacerla existir.

Sin embargo, el rechazo del objeto, de esa papilla asfixiante, no implica que el sujeto no se alimente. He aquí, quizás, el planteo más subversivo de Lacan al respecto de la anorexia: el sujeto *come nada*.

La anorexia mental no es un *no comer*, sino un *no comer nada*. Insisto -eso significa *comer nada*. Nada es precisamente algo que existe en el plano simbólico [...] Este punto es indispensable para comprender la fenomenología de la anorexia mental. Se trata, en detalle, de que el niño come nada, algo muy distinto a la negación de la actividad.

Frente a lo que tiene delante, es decir, la madre de quien depende, hace uso de esa ausencia que saborea. Gracias a esa nada consigue que ella dependa de él (2018, p.187).

El único poder a disposición del sujeto contra la omnipotencia, es decir no en el plano de la acción [...] No obstante [...] la experiencia nos muestra, y con razón, que la resistencia no se elabora en el plano de la acción bajo la forma de negativismo, sino en el del objeto, que se nos ha revelado bajo el signo de la nada. Con este objeto anulado, en cuanto simbólico, el niño pone trabas a su dependencia, y precisamente alimentándose de nada” (2018, p.189).

En estas citas, pertenecientes al *Seminario IV: La relación de objeto*, se vislumbra el esfuerzo por parte de Lacan en enfatizar que la nada es un objeto, objeto que existe en el plano simbólico, y que a partir del comer nada, el sujeto logra dos cuestiones: en primer lugar, sostener el deseo poniendo trabas a su dependencia frente al Otro estragante. En este sentido puede plantearse que la nada oficia allí de palo que evita el cierre de las fauces de la madre. Y en segundo lugar, mediante el comer nada logra forzar a que el Otro esté permanentemente vigilante, amenazado por una angustia de muerte. Así, el sujeto invierte la situación inicial, quedando la omnipotencia de su lado.

Nada nos separa

De ese pantano, de ese agujero negro que me succionaba [...] había aprendido a huir
María Negroni

Interesa, a los fines concluir el presente trabajo, dedicarle algunos párrafos al lugar privilegiado que la nada adquiere en la dialéctica de la anorexia.

El primer punto a tener en cuenta es que la nada se presenta como objeto. Ya se ha planteado que la noción de objeto en psicoanálisis está lejos de coincidir con la concepción de éste como un objeto armónico, plenamente satisfactorio. Lo que se postula, en cambio, es que el objeto está perdido desde el inicio, y que todo reencuentro con el objeto está marcado por una nostalgia: “lo que se busca no se busca al mismo título que lo que se encontrará” (Lacan, 2018, p.15). Ese objeto perdido es lo que Lacan denomina como objeto *a*, cuya caída inaugura la falta que permite la puesta en circulación de otros objetos en la dialéctica del intercambio, que podrán ocupar el lugar de *a* sin por ese hecho encajar a la perfección, ya que esto último sería estructuralmente imposible. En este sentido es que Lacan afirma que “el objeto real no es en sí mismo indiferente, pero no tiene ninguna necesidad de ser específico” (2018, p.186). Freud ya lo postulaba en *Pulsiones y destinos de pulsión*: “el objeto [...] es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella” (2020, p.118).

Continuando con las elaboraciones lacanianas, en su *Seminario IV: La relación de objeto*, el autor plantea que la función del objeto es situarse sobre un fondo de angustia. Afirma que ésta surge en cada ocasión en que el sujeto se encuentra despegado de su existencia, cuando se ve a sí mismo a punto de quedar capturado en la imagen del otro. “En resumen, la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse” (2018, p. 228).

En dicho seminario es donde se aboca de lleno a la fobia y al fetichismo. Si anteriormente ambos han permitido situar dos modos posibles de responder al estrago materno, ahora también cabe hacer uso de ellos para ilustrar el lugar del objeto en la anorexia. De este modo, si el objeto en la fobia permite descompletar al Otro y en el fetiche garantizar su completud, en la anorexia puede afirmarse que el sujeto, valiéndose de la nada en tanto objeto, instaura una hiancia que le permite sostener la versión del Otro en tanto deseante y a partir de ahí puede situar su propio deseo. De aquí se desprende que la nada sería lo que el objeto fobígeno a la fobia: oficia como una suplencia sin la cual el

21

niño quedaría en posición de objeto eternizado en la escena del Otro. Si el momento lógico anterior a la aparición del objeto es la angustia, que se traduce en un tiempo en el que el sujeto ya no sabe dónde está, la entrada del objeto en escena le permite reestructurar su mundo, instaurando lugares y delimitando espacios.

Ahora bien, la originalidad de la anorexia radica en que, al ser la *nada* la encargada de vertebrar toda la sintomatología, su particularidad permite a la vez ilustrar algo que va más allá de ella misma. Lacan lo dice del siguiente modo: “Si no captan esto no pueden entender nada, no sólo de la anorexia mental, sino también de todos síntomas, y cometerán las faltas más graves” (2018, p.187).

La nada como objeto se distingue por el hecho de pertenecer a otra categoría que la de los bienes, en tanto no es aprehensible ni tangible. Abínzano (2020) afirma que la nada puede ser entendida como adverbio de cantidad por un lado y como sustantivo por otro. Y que es a raíz de esto que ciertas lecturas se embarcan en el error. La nada debe ser leída en tanto sustantivo para poder comprender de qué se trata su existencia en tanto objeto simbólico.

En la anorexia se trata de que el sujeto elige un objeto que está fuera de los bienes del Otro, para denunciar que lo que se pide es la falta, haciendo de la nada su objeto pulsional. En este sentido se plantea que la anorexia permite ilustrar algo que va más allá de ella misma, en tanto revela una cuestión esencial de la estructura misma de la pulsión. En efecto, “la raíz última del objeto pulsional es propiamente la nada, porque la pulsión no se extingue en el objeto en cuanto no existe un objeto capaz de saturar el hiato. En este sentido el objeto de la pulsión es básicamente un vacío, una nada” (Recalcati, 2011, p.93). Esa nada de la que el sujeto se alimenta es, en ese preciso acto, elevada a la dignidad de la Cosa (Recalcati, 2011). Es decir, el sujeto “come *rien*, pero un *rien* que no puede ubicarse tras ninguna pantalla, lo hace así para intentar salirse de la encerrona en que se le exige comer según demanda imperiosa de dar la medida fálica de la madre” (Amigo, 2017, p.199)

De este modo, el sujeto en la anorexia por carecer de dichas pantallas “produce *rien* con lo real de su cuerpo” (Amigo, 2017, p. 200).

Conclusiones

El presente ensayo ha tenido como motor de desarrollo la hipótesis de que la anorexia mental puede ser entendida como *un* modo de respuesta frente al estrago materno. La misma surgió a consecuencia de un exhaustivo proceso de lectura que en un principio estuvo comandado por el interés de indagar en la versión estragante del deseo del Otro primordial y que luego, a raíz de otras lecturas, fue virando hacia su posible relación con la anorexia mental.

Como se ha planteado en el desarrollo, la noción de estrago aparece recién en el *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*, y posterior a esta mención no se advierte que haya adquirido mayor relevancia en la obra lacaniana. Tanto este hecho como la cuestión de que Lacan, cada vez que introdujo a la anorexia mental en escena fue sólo a los fines de servirse de ella como entidad clínica que le permitía ilustrar sus postulados, han determinado la necesidad de recurrir a otras conceptualizaciones, tanto lacanianas como freudianas, para construir un andamiaje teórico lo suficientemente resistente a los efectos de respaldar la mencionada hipótesis.

Por este hecho las primera líneas de este ensayo han apuntado, en primer lugar, a recordar la profunda dependencia que el sujeto presenta respecto del Otro para poder constituirse como tal, donde el deseo de ese Otro adquiere un valor fundamental.

Para esclarecer mejor las condiciones bajo las cuales un hijo adquiere el estatuto de “niño deseado” (Lacan, 2016, p.265) se han situado las vicisitudes por las cuales un sujeto desea tener un hijo. Si bien tanto los desarrollos freudianos como lacanianos en lo atinente a esta cuestión plantean que el deseo de un hijo debe ser entendido como sustituto del deseo de falo, Lacan, con la introducción del uso particular que hace del significante, promueve una lectura que nos salva de caer en cierto reduccionismo biologicista.

También Lacan, con su pregunta a consecuencia del historial de Hans, ha ayudado

a situar dos modos de habitar la castración materna: como falo metafórico o como falo metonímico. Aquí han servido las referencias de Amigo respecto de la distinción entre goce y significación fálica, ambas presentes en los momentos constitutivos del sujeto. Siendo el goce materno una operatoria necesaria para poder significar *algo* para alguien, su viraje a la significación fálica evita el terminar significando *todo* para alguien, situación donde el amor, en tanto donación de la falta, introduce un cambio de sentido en las agujas de este destino.

Que esta versión del amor tome su lugar allí ha de estar determinado por el hecho de que el deseo del Otro materno esté marcado por el significante Nombre-del-Padre. Si la metáfora paterna rige en la madre, en ella se inaugura un desdoblamiento entre *madre* y *mujer*. Si en cambio, el hijo se encuentra con una versión del Otro como Toda-Madre, que como tal sólo se satisface con sus cuidados, se pondrá en juego un amor de otra índole, amor que a fin de cuentas, apunta a la completud, a ser amado por el Todo. Este amor, estrechamente ligado al goce del Otro materno solo ofrece la posibilidad de habitar la castración materna bajo la forma de falo metonímico.

El estar situado como falo metonímico de la madre es un modo de introducir el estrago materno. El mismo se produce entonces cuando el Otro como Toda-Madre no se sirve del Padre para poder desear. Así el hijo, sometido a ese “capricho sin ley” se ve a sí mismo capturado en la escena del Otro primordial, funcionando como muleta imaginaria de aquel.

Frente a estas circunstancias la posibilidad del armado de una escena propia se ve comprometida. Si el primer tiempo lógico de la constitución subjetiva requiere que el Otro le haga un lugar al hijo en la escena, el tiempo que le sigue es un movimiento que le permite al sujeto no quedar atrapado allí. La separación de la escena del Otro se ve propiciada por la aparición por la pregunta acerca del deseo del Otro: *¿Che vuoi?* Estas operatorias decantan en el armado del fantasma, siendo este fundamentalmente una respuesta creadora frente a esa pregunta por el lugar del sujeto en el deseo de ese Otro.

23

Separarse implica necesariamente ser Uno distinto de Otro, conlleva la inscripción de una discontinuidad, de una diferencia que el Otro del estrago se niega a tolerar. Para lograr esclarecer de qué modo el armado del fantasma se ve entorpecido, se han introducido tres identificaciones que postula Amigo en *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*. La imposibilidad de llevar a cabo alguna de estas da lugar a lo que la autora denominó fracaso del fantasma, pilar fundamental del presente ensayo. La introducción del fracaso del fantasma permite sostener la hipótesis de este trabajo, en tanto se lo postula como eslabón intermedio entre el estrago materno y la anorexia mental. Frente al estrago materno el hijo en calidad de objeto en la escena del Otro ve obturada la posibilidad de situar al Otro en falta, es decir ubicar al Otro como deseante. Como se mencionó, este paso resulta elemental para luego construir una respuesta que estructure el fantasma del sujeto y ubique las coordenadas de su deseo. Allí, la anorexia mental se presenta como *un* modo de cavar en el Otro una hiancia, de conmovir su pretendida completud.

De este modo, se recurrió a ciertas citas que permitían justificar lo planteado. Del análisis de cada una de ellas se extrajo que: en primer lugar, si normalmente en los rieles de la constitución subjetiva el sujeto oferta como *primer objeto* su propia desaparición para significarle la falta al Otro, en la anorexia la propia desaparición resulta ser el *único objeto*, es decir, el único recurso con el que cuenta el sujeto para abrir en el Otro la carencia fundamental. En segundo lugar, se dedujo que un Otro que se presenta sin fallas es un Otro que, en la dialéctica del amor, oferta lo que tiene, y frente a esos objetos de satisfacción el sujeto se sirve del rechazo como escudo para preservar la nada. Esa nada le permite, por un lado sostener la falta que habilita al deseo, y por otro ganar la

batalla de la omnipotencia, quedando ésta de su lado.

Así, la nada adquiere un valor central en toda la problemática de la anorexia mental. Lacan afirma que el sujeto *come nada* y de ese modo invita a problematizar el estatuto de objeto que se le otorga a esta *nada*.

Aceptando dicha invitación se aventuró la hipótesis según la cual la nada es a la anorexia lo que el objeto fóbigeno a la fobia, en tanto funciona allí como una suplencia sin la cual el sujeto corre el riesgo de quedar en posición de objeto eternizado en la escena del Otro. Ahora bien, la originalidad de la anorexia radica en que el sujeto, haciendo de la *nada* su objeto pulsional, permite revelar la raíz última del objeto de la pulsión. En tanto la pulsión se satisface en su recorrido alrededor del objeto, ésta no se extingue en el objeto ya que no existe *El* objeto de la pulsión. Es por esto que Recalcati (2011) sitúa que el objeto de la pulsión es básicamente un vacío, una nada. Ese vacío, que suele estar velado por pantallas imaginarias en la anorexia se presenta al desnudo, y comiendo *nada* es como el sujeto eleva ese objeto simbólico a la dignidad de la Cosa.

Para concluir resulta pertinente aclarar que este ensayo está lejos de agotar tanto la temática del estrago materno así como la de la anorexia mental, que por otro lado resultaría imposible, ya que el lenguaje no permite tal utopía. Se ha propuesto una lectura de la anorexia que escapa a las cuestiones de la feminidad, la pubertad, y los cánones de belleza, que resultan ser fieles compañeras de ruta cuando se aborda esta entidad clínica. Puede decirse que, al haber apostado por un abordaje de la anorexia mental en los tiempos constitutivos se han vuelto a poner en el centro de la escena sus basamentos fundamentales que, en ciertos abordajes resultaban eclipsados por aspectos coyunturales.

Que aquí se proponga a la anorexia mental como *un* modo de respuesta frente al estrago no ha de querer significar que ambas vayan siempre de la mano. Se trata de una propuesta de lectura que, como toda construcción teórica, “calla o se desvanece siempre frente al lecho del enfermo” (Foucault, 2004, p.154).

Referencias bibliográficas

Abíznano, R. V. (2022). *Pasión por la nada: La anorexia en la enseñanza de Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.

Amigo, S. (2017). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte: ensayos sobre el concepto originario del psicoanálisis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Amigo, S. (2019). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cascada de letras.

Barros, M. (2018). *La madre: apuntes lacanianos*. Olivos, Argentina: Grama Ediciones.

Barroso, F. M. (2020). *Anorexia mental de la pubertad. Adolescencia, lenguaje y cuerpo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cascada de letras. Faccendini, J. E. (2017). *Clínica y neurosis: fantasma*. Rosario, Argentina: Laborde Editor.

Foucault, M. (2004). *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

- Freud, S. (1991). Sobre la sexualidad femenina. En *Obras completas. Tomo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). La organización genital infantil. En *Obras completas. Tomo XIX*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1993). 33° conferencia. La feminidad. En *Obras completas. Tomo XXII*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2014). Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci. En *Obras completas. Tomo XI*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2020). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas. Tomo XIV*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lacan, J. (2005). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2008). La significación del falo. En *Escritos II*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2009). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos II*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2016). *El seminario de Jacques Lacan: libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2017). *El seminario de Jacques Lacan: libro 5: las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2018). *El seminario de Jacques Lacan: libro 4: la relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2019). *El seminario de Jacques Lacan: libro 10: la angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2020). *El seminario de Jacques Lacan: libro 3: las psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Miloz, M. S. (2016). *Un dique contra la madre: El deseo materno y el estrago en la relación madre-hija*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.

25

- Recalcati, M. (2011). *La última cena: anorexia y bulimia*. Buenos Aires, Argentina: Del Cífrado.
- Recalcati, M. (2018). *Las manos de la madre*. Barcelona, España: Anagrama.
- Savid, C. (2004). *Construcción de la subjetividad y sus tropiezos*. Rosario, Argentina: UNR Editora.
- Savid, C. (2013). *Clínica Psicoanalítica: infancia terminable e interminable*. Rosario, Argentina: Laborde Libros Editor.
- Ulloa, F. (2012). *Novela Clínica Psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal.

